

IV

El testamento.

La señora de Corbière hubiera podido decir una vez más lo que tan á menudo se había repetido después de su entrevista con la comadrona.

Volvía demasiado tarde.

Durante su ausencia había tenido lugar una escena que ciertamente no había previsto.

Launay, su fiel Launay, no tenía por qué quejarse de ella.

Al menos así debía ella pensarlo.

Pero Launay era ambiciosa.

Más de una vez había encontrado á la condesa pensativa, sentada en su butaca, perdida en sus meditaciones.

Más de una vez también la había sorprendido recorriendo con extraordinaria atención ciertos papeles que trataba de ocultar en seguida á la vista de Launay, con una actividad febril.

Y entonces la acogía la condesa con tono acerbo.

Y aun había llegado la buena señora á meter aquellos papeles precipitadamente en un cajón de su escritorio y cerrado con llave, guardándose ésta.

Allí estaban, pues, pero tan bien guardados, que á pesar de las repetidas visitas que había hecho á aquel mueble, Launay no había podido registrarle.

Ahora bien, aquel día, cuando la condesa, muy agitada, impotente para ocultar su turbación, después de la visita de su hijo, salió en su cupé para ir á la calle de Richelieu, Launay, sobreexcitada también y decidida á todo, subió, como hemos dicho, á la sala de la señora de Corbière.

Desde el dintel de la puerta miró á la cerradura del mueble.

¡Milagro!

La llave estaba puesta, en efecto, una llavecita dorada que brillaba en la semí oscuridad del rincón donde estaba colocado el mueble.

El corazón de la jorobada saltó en su estrecho pecho, y sus ojos desiguales lanzaron una pequeña llama biliosa.

Por desgracia, la doncella Felicia andaba por la sala, poniendo los muebles en su puesto.

Launay no se desconcertó.

Era preciso alejar de allí á todo trance aquel estorbo.

—¿No habéis visto una carta?—preguntó con tono meloso.

—¿Una carta de la señora?

—Sin duda... No sabe que ha hecho de ella. Ved en su habitación.

Felicia obedeció.

Sus escapadas con el grueso cochero de la condesa la ponían suave como un guante.

Launay la tenía dominada,

La jorobada se preguntaba cómo iba á desembarazarse de aquel testigo importuno, cuando Felicia entró con la carta en la mano.

—Aquí está. Es para Barassón.

—Decididamente—pensó Launay—la suerte me favorece.

Y añadió con tono meloso:

—¿Queréis hacerme el favor de ponerla en el correo, Felicia? Es urgente.

—Con mucho gusto.

Felicia salió y Launay respiró fuerte.

La plaza estaba libre.

Se sentó en la butaca de su ama, delante del escritorio, y dió vuelta á la llave.

El precioso mueble se abrió.

Launay examinó de prisa los papeles que se encontraban al alcance de su mano.

La mayor parte de ellos no tenían interés para ella.

Abrió los cajones y registró el escritorio de arriba abajo con una rapidez extraordinaria.

Uno de los cajoncitos estaba lleno de oro y de billetes.

No era este su negocio.

Por fin llegó al cajón donde estaba depositado lo que buscaba.

Los ojos de Launay se fijaron, con un relámpago de alegría, en diversos documentos reunidos en un sobre, en el que se leía:

«Asuntos de Rolando.»

La jorobada triunfaba.

Registró el sobre y encontró el testamento confiado por el capitán Rolando á su madre en el momento en que iba á morir.

Lo que en aquella acta tan noble y tan corta decía era claro, luminoso como el sol:

«¡Que no se acuse á nadie de mi muerte!... ¡Es debida á una imprudencia mía!...»

Sólo esto hubiera podido bastar para hacer la fortuna de Launay.

Este descubrimiento valía por sí solo una fuerte suma.

La alegría de la jorobada debía de ser más completa.

Continuó leyendo:

«Antes de morir cumplo un sagrado deber reconociendo la criatura que debe nacer de Teresa Montarón.»

El hijo del capitán había muerto como si hubiera sido el de un pobre.

¡Y sin embargo hubiera debido ser rico!

Launay no podía separar sus ojos de aquel conmovedor testamento:

Continuó su lectura:

«Lego á esa criatura y á su madre todo lo que me pertenece.

»Hecho en la Ferté-Montarón, el dieciocho de octubre de mil ochocientos ochenta y ***

»ROLANDO DE CORBIERE.»

Estaba firmado; la letra era clara.

No había equivocación posible.

El testamento estaba en regla.

La fortuna del capitán pertenecía, pues, á Teresa Montarón y á su hijo, á la madre y al niño. Además había dejado condenar á presidio á Juan Montarón.

Pero no era la indignidad de la condesa lo que ponía en los ojos de la jorobada un rayo de alegría.

Era la avaricia, la seguridad de una fortuna

que la parecía tener ya entre sus dedos enroscados como las garras de un ave de rapiña.

¡Qué no la darían para pagar su silencio!

Este descubrimiento era un golpe de la suerte, que la permitiría vivir con desahogo y no tendría necesidad de servir á nadie.

¡Ah, qué entrevista iba á tener con su buena señora!

¡Cómo iba á tomar la revancha de tantas altanerías y malas contestaciones!

Launay gozaba de antemano al pensar en las represalias de cuarenta años de esclavitud.

De codos sobre el escritorio, con las manos apoyadas en las sienes, los ojos fijos sobre aquel papel providencial, lo leía por segunda vez y hacía firme propósito de no soltarlo sino á cambio de buena moneda, cuando de pronto se volvió por un súbito espanto.

Una mano fina y blanca, de afilados dedos, muy aristocráticos, acaba de apoderarse del precioso testamento.

Al mismo tiempo una voz alterada preguntaba:

—¿Qué hacéis aquí?

La señorita de Corbiere, pues era ella, temblaba de emoción y de sorpresa.

El primer movimiento de la jorobada fué arrojarle á ella y arrebatarla el papel que tenía en la mano.

Pero la actitud resuelta de Fernanda la impuso respeto.

La joven repuso:

—¿Es mi madre quien os ha rogado que vio-

leis los secretos que ella puede tener? ¿Qué buscáis?

Launay se rehizo.

En pocos segundos afrontó la situación en que se encontraba.

Contestó silbando como una vívora:

—Buscaba lo que he encontrado.

—¿Lo habeis conseguido?

—Más de lo que deseaba.

Launay miró de arriba á abajo con cierta insolencia á Fernanda.

—¿Pero cómo estais aquí?—la preguntó.—

¿Me espiabais?

—Fernanda la miró con desden y piedad á la vez.

—Podría dispensarme de contestaros—dijo

—pero no tengo nada que ocultar... Tenía que hablar á mi madre... Entré en su cuarto, no encontrándola en él llegué hasta aquí. No me oísteis... Estabais absorta en vuestra lectura... ¿Este documento parece interesaros?

Launay sonrió.

—A vos os interesa más que á mí—dijo.— Quiero creer que no le conocíais... De otro modo seríais cómplice de una terrible maquinación. Me lo habeis cogido... No intentaré recuperarlo. Lo sé de memoria... ¿Quereis que os lo recite?

Launay se habia medio levantado; volvió á sentarse tranquilamente ante el escritorio, cogió una hoja de papel y se puso á escribir.

—¿Qué haceis?—preguntó Fernanda.

—Podeis verlo. Tengo una memoria excelente.

Launay escribió:

«Este es mi testamento.

»Que no se acuse á nadie de mi muerte.»

Al mismo tiempo repetía en alta voz lo que á sí misma se dictaba.

Se volvió hacia la joven con aire de desafío y dijo:

—Vos tenéis el original... Podeis comprobar si me equivoco.

Y llegó hasta el fin.

«Hecho en la Ferté-Montarón el diez y ocho de octubre...»

La señorita de Corbière, á medida que Launay escribía, seguía con la vista el original.

En un principio se quedó estupefacta.

Pero poco á poco no tardó en volver de su primera sorpresa.

La parecía que su hermano Rolando se rehabilitaba á sus ojos; que por aquella declaración caballeresca adquiría de nuevo derecho á su cariño y salvaba el honor de los Corbière, comprometido por otra persona.

Y esta otra ¡ay! era su madre.

Launay, cuando hubo terminado su copia, la dobló cuidadosamente, la guardó en un bolsillo y abandonó la silla, después de haber cerrado el escritorio.

—Aun quedan aquí algunos papeles que pueden tener para mí un cierto valor—dijo;—pero el que poseo me basta... ¡Ah! la casa Corbière es la verdadera casa del misterio. Ya sé lo que deseaba saber.

Toda la persona de la jorobada respiraba triunfo.

—¿Qué vais á hacer ahora?—preguntó Fernanda.

—¡Yo! No lo sé... Lo pensaré... He tenido siempre un gran deseo de retirarme, después de haber hecho fortuna... Esta es la ocasión, creo... Veré mañana á la condesa.

Sus ojos hecharon chispas.

—Y hablaremos—concluyó diciendo.

—Launay—dijo Fernanda con firmeza,—mi madre ha sido siempre buena para vos.

—¡Oh! ¡buena, una mujer que posee millones y que paga á una empleada fiel de cuarenta años, cuatro luises al mes!... ¡Bonita bondad!

—¿Erais su confidente!...

—Para secretos sin importancia.. ¡Pero ved si me ha hablado de ese testamento!... Porque es un testamento en regla. ¡Ah! sí... ¿Sabéis lo que ha hecho? Lo ha secuestrado, ocultado, y así ha sustraído más de dos millones á un inocente.

—¡Launay!

—Sí, es un robo que ha cometido, un robo vergonzoso. Yo sabía que el señorito Rolando era generoso... Había cogido algunas palabras antes de su muerte... Pero no tenía pruebas y las quería! ¡Las tengo! ¡Y haré uso de ellas!

—¿Para qué?

Launay se levantó sobre sus piés como una serpiente sobre su cola, y poniéndose muy cerca de Fernanda, dijo:

—Hay secretos que valen mucho oro. Y este es de esos. Pondré en ejecución un proyecto que tengo y me retiraré á mi país, cerca de Caen.

—Un caserío viejo y una granja.

—¿Eso produce?

—Poco más de cuatro mil francos.

—Tenéis ya dos mil francos de renta... ¿Vos sois quien me lo ha dicho?

—Dos mil quinientos.

—Yo os conseguiré otro tanto de mi madre so pretexto de que no puede separarse de vos sin daros algo.

—Sea.

—Y yo os pagaré El Valle... pero en secreto... ¿Queréis?

Las pretensiones de Launay eran mucho mayores. Pero se sintió vencida.

La bondad de la joven, la limpidez de sus ojos, el sonido de su voz, el móvil que la hacia obrar, impresionaban á la jorobada y la hacia incapaz de toda resistencia.

—¡Sois un ángel!—murmuró.

Fernanda prosiguió:

De ese modo nadie sabrá nada de lo que ha pasado... Vuestra conciencia estará tranquila... En cuanto á la mía, no tendrá nada que reprocharse.

La señorita de Corbiere pronunció estas palabras con una dignidad que conmovió profundamente á la jorobada.

—¿Queréis un compromiso por mi parte?—preguntó Fernanda.

—Tengo vuestra promesa.

—¡Puedo morir!

—¡Eso sería una gran desgracia para mí y para los demás!... Yo la soportaría como todo el mundo...

Launay se hacía casi generosa.

—¡Ah! señorita Fernanda—dijo,—si yo os hubiese tenido por ama, sería mejor de lo que soy.

Y sacando del bolsillo la copia que había guardado, la hizo pedazos y la echó al fuego.

—Haced lo que os dé la gana—dijo;—mirad.

—Yo haré lo convenido, Launay. ¿Queréis hacerme el favor de pedir mi coche?

Launay se inclinó y se dispuso á salir.

Fernanda la llamó y la dijo:

—Si mi madre echa de menos este documento y os pregunta, decidla que me lo pida á mí; pero puede ser que no se aperciba de su desaparición.

—Está bien, señorita.

Cuando la joven quedó sola, cerró el escritorio, después de haber puesto todo en orden, menos el testamento de su hermano, que guardó en el bolsillo.

En seguida bajó.

Su cupé estaba á la puerta.

—Avenida de la Opera, número doce, á casa del notario—ordenó.

Sus previsiones se realizaron.

La señora de Corbiere, trastornada por la noticia de la boda de su hijo, turbada por las revelaciones que acababa de oír, debía estar unos días sin pensar en el testamento desaparecido de su escritorio.

Su primer crimen, aquel de que Elena había sido víctima, la hacia olvidar el segundo,

Se frotaba las manos.

—¡Ah! me habeis sorprendido—dijo.—¡Pues bien, señorita Fernanda, ya veis que no estoy muy emocionada!... He llegado á mi objeto.

Launay estaba horrible.

La señorita de Corbière dominó el horror que la causaba verla.

—¡Launay—dijo con dulzura,—me dais pena verdaderamente! Habeis vivido en nuestra casa durante muchos años y, digais lo que queráis, no habeis tenido motivos para quejarnos de nosotros. Nunca se os ha tratado mal. Ignoro el móvil que ha dirigido á mi madre. Supongo que ha sido la aversión que ha tenido siempre á los Montarón, y el resentimiento de la muerte de su hijo. Pero si ha sido cruel para otros, aun injusta, á vos no os ha tratado mal y hubiera asegurado vuestro porvenir. Estoy segura de ello...

—Lo dudo.

—En todo caso, mi hermano Gabriel y yo lo hubiéramos hecho, os lo aseguro. Sea de esto lo que quiera, ¿quereis dinero?

—Lo más posible.

—¿Os es indiferente recibirlo de una mano ó de otra?

—Completamente.

—Pues bien, hacedme una promesa.

—¿Cuál?

—La de que con mi madre guardareis el secreto de lo que acaba de pasar.

—Pero...

—Estad tranquila... Se hará justicia... La fortuna de mi desgraciado hermano será en-

tregada á aquellos á quienes pertenece! Yo os juro reparar una falta que me causa más aversión que á vos. Este testamento que la casualidad ha hecho caer entre mis manos, lo conservo y será ejecutado en cuanto pueda ser posible, puesto que el pobre niño no existe ya... ¿Teneis confianza en mí?

—Os estimo como la mejor de las mujeres.

—¿Qué ninguna alusión á este testamento salga de vuestra boca!... Dejadme á mi sola tratar el asunto con mi madre... ¿Queréis retiraros á vuestro país?...

—Sí...

—¿A los alrededores de Caen?

—A la villa de La Barre, en donde nací.

—¿Cuánto necesitas para vivir allí á vuestro gusto?

La jorobada contestó cínicamente.

—Ya os lo he dicho... Lo más posible.

Sin embargo se reconcentró en sí misma.

En presencia de aquella pureza y de aquella dulzura, perdía parte de la audacia que hubiera mostrado si la hubieran hecho frente.

—¿Poseeis allí una casa, creo?—preguntó la joven.

—¡La cedí á unos parientes pobres y quiero algo mejor!

—¿Conocéis otra?

—Sí—dijo,—sé que se vende una posesión muy bonita. El Valle.

—¿Vale?

—Cien mil francos lo menos, tal vez ciento cincuenta.

—¿Tiene vivienda?

—Un caserío viejo y una granja.

—¿Eso produce?

—Poco más de cuatro mil francos.

—Tenéis ya dos mil francos de renta... ¿Vos sois quien me lo ha dicho?

—Dos mil quinientos.

—Yo os conseguiré otro tanto de mi madre so pretexto de que no puede separarse de vos sin daros algo.

—Sea.

—Y yo os pagaré El Valle... pero en secreto... ¿Queréis?

Las pretensiones de Launay eran mucho mayores. Pero se sintió vencida.

La bondad de la joven, la limpidez de sus ojos, el sonido de su voz, el móvil que la hacía obrar, impresionaban á la jorobada y la hacía incapaz de toda resistencia.

—¡Sois un ángel!—murmuró.

Fernanda prosiguió:

De ese modo nadie sabrá nada de lo que ha pasado... Vuestra conciencia estará tranquila... En cuanto á la mía, no tendrá nada que reprocharse.

La señorita de Corbiere pronunció estas palabras con una dignidad que conmovió profundamente á la jorobada.

—¿Queréis un compromiso por mi parte?—preguntó Fernanda.

—Tengo vuestra promesa.

—¡Puedo morir!

—¡Eso sería una gran desgracia para mí y para los demás!... Yo la soportaría como todo el mundo...

Launay se hacía casi generosa.

—¡Ah! señorita Fernanda—dijo,—si yo os hubiese tenido por ama, sería mejor de lo que soy.

Y sacando del bolsillo la copia que había guardado, la hizo pedazos y la echó al fuego.

—Haced lo que os dé la gana—dijo;—mirad.

—Yo haré lo convenido, Launay. ¿Queréis hacerme el favor de pedir mi coche?

Launay se inclinó y se dispuso á salir.

Fernanda la llamó y la dijo:

—Si mi madre echa de menos este documento y os pregunta, decidla que me lo pida á mí; pero puede ser que no se aperciba de su desaparición.

—Está bien, señorita.

Cuando la joven quedó sola, cerró el escritorio, después de haber puesto todo en orden, menos el testamento de su hermano, que guardó en el bolsillo.

En seguida bajó.

Su cupé estaba á la puerta.

—Avenida de la Opera, número doce, á casa del notario—ordenó.

Sus previsiones se realizaron.

La señora de Corbiere, trastornada por la noticia de la boda de su hijo, turbada por las revelaciones que acababa de oír, debía estar unos días sin pensar en el testamento desaparecido de su escritorio.

Su primer crimen, aquel de que Elena había sido víctima, la hacía olvidar el segundo,